



Mujer en la selva

En una de las esquinas más exuberantes de la selva hay un zarzal de aguijones grandes como uñas de halcón y también pequeños como la fibra del vidrio astillado. De sus ramas que son madejas de cuerda acerada crecen hojas anchas y rugosas, con la nervadura hundida por su ondulado limbo, opaco. Las drupas de sus frutos son coágulos de sangre cárdeno negral y sus yemas, lágrimas pardas endurecidas como la baba del caucho ante la llama.

Del jeep de los militares, que cruzaba la selva impelido por el pavor, salió despedida la mujer que duerme en el centro del zarzal y que nadie ha vuelto a conocer porque el zarzal es tupido y no desea ver partir a la mujer loba, capturada antes por los que fueron devorados por la madre selva enfurecida, y ahora por una planta que sufre pues se desconoce.

La mujer despierta y llora. De nuevo se revuelve, y sobre las cicatrices de sangre seca de su piel cuarteada se abren rasguños frescos cuna de coral. La mujer se desploma, gime, se seca las lágrimas que resbalan con el antebrazo herido. Entre los hilos de sal que rayan su visión y las ramas que la atrapan, observa los escarabajos gigantes cuyo vuelo torpe deparó la muerte del espino. La mujer grita palabras invisibles y un escarabajo cae al suelo. Una mullida pezuña de hiena aplasta el cuerpo crujiente muerto.

Los ojos brillantes se encuentran en la noche; el zarzal aprieta sus ramas en torno a la mujer, pero no podrá retenerla.

En el aire conmovido flota un mechón, varios mechones, pelusas, secas y húmedas. Se posan y arraigan en las heridas más profundas.

En la violencia del nocturno selvático, de la herida, con la mirada limpia y feroz, con la sangre indómita del miedo-ternura y de las palabras-ausencia, surge del centro la mujer tigre. El zarzal llora pero es abandonado.

El día y la oscuridad en la cálida y fuerte piel naranja, las gruesas patas viajeras sobre la densa capa de humus... El silencio no es silencio sino vida en estado puro. Toda la selva la protege, el humus rellena sus huellas, los verdes y las flores intensifican sus aromas. Los monos la abrazan para darle calor. La sabia será sangre que corra por sus venas. Conocerá todos los idiomas.

Y ellos no sabrán que existe. No podrán verla aunque la tengan delante. Aunque esta vez ella será real y ellos sombras, quiero decir, ella estará viva, y ellos, los que todo lo asesinan, esta vez habrán muerto. Será un mundo, será la vuelta al mundo.